

CUADERNOS DE
R E C I E N V E N I D O

Nicolas Shumway

**La imaginación tribal: Raúl Scalabrini Ortiz
y su reconstrucción de la tribu Argentina
que nunca fue**

CURSO DE PÓS-GRADUAÇÃO
EM LITERATURAS ESPANHOLA E HISPANO-AMERICANA

UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO

CUADERNOS DE RECIENVENIDO/5

*Publicação do Curso de Pós-Graduação
em Literaturas Espanhola e Hispano-Americana*

Editor: Jorge Schwartz

Assistente Editorial: Gênese Andrade

Universidade de São Paulo

Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas

Departamento de Letras Modernas

S562

Shumway, Nicolas

La imaginación tribal: Raúl Scalabrini Ortiz
y su reconstrucción de la tribu argentina que
nunca fue/ Nicolas Shumway. - São Paulo:
Depto. de Letras Modernas/ FFLCH/ USP,
1997. - (Cuadernos de Recienvenido, 5).

1. Literatura Hispano-Americana 2. Ensaio
argentino 3. História argentina 4. Scalabrini
Ortiz, Raúl I. Título II. Série.

ISSN: 1413-8255

CDD (20.ed.) 869.99304

Catálogo: SBD/ FFLCH



© Copyright 1997 do autor. Direitos de publicação da Universidade de São Paulo.
junho/ 1997



NOTA EDITORIAL

Nicolas Shumway, autor do conhecido *La invención de la Argentina: historia de una idea* (original inglês de 1991 e hoje na terceira edição pela editora Emecé de Buenos Aires), está na USP como Professor Visitante para oferecer um curso de pós-graduação sobre assunto de sua especialidade: as relações entre a literatura e a história.

Em seu texto para este Cuaderno, dedica-se a Raúl Scalabrini Ortiz, autor pouco estudado, cujo ensaio mais conhecido, El hombre que está solo y espera (1931), mergulha na questão da identidade argentina, nos mecanismos da fundação da nação e numa clara opção pelo caudilhismo, encarnado sobretudo na figura de Juan Domingo Perón. Neste texto, Shumway desvenda mais uma faceta do imaginário argentino, ou mais especificamente portenho, para explicar as condições históricas daquilo que denomina “imaginación tribal”. A original aproximação do conceito bíblico de tribo com o populismo argentino serve de base teórica para estabelecer um paralelismo entre o messianismo presente no Antigo Testamento e a ideologia populista vigente até os dias de hoje no cenário político argentino.

Mais do que uma lembrança da passagem de Shumway pela Universidade de São Paulo, este Cuaderno significará uma excelente fonte de consulta para os estudiosos que procuram na literatura uma forma artística de representação da história.

J.S.

La imaginación tribal: Raúl Scalabrini Ortiz y su reconstrucción de la tribu argentina que nunca fue

Introducción

La Argentina parecería ofrecer poca justificación para un sentimiento tribal. Como la mayoría de los países, sobre todo los del nuevo mundo, la Argentina no es, en ningún sentido, una extendida familia biológica unida por ancestros comunes. Los primeros habitantes de la región fueron tribus guerreras nativas que se convirtieron en “indios” cuando los españoles se negaron a verlos como aquellos se veían a sí mismos: como distintos grupos religiosos y lingüísticos que tenían poco en común los unos con los otros. La conquista española y la subsecuente expansión capitalista trajeron al cono sur europeos y africanos que libremente cruzaron genes y culturas entre ellos y con los nativos, a tal punto que ambos, tanto nativos como inmigrantes, perdieron muchas de sus características étnicas. A fines del siglo diecinueve y a principios del veinte, la máquina asimiladora argentina continuó su trabajo de amalgamamiento con los recién venidos de Europa y del interior del país, siendo estos últimos los “cabecitas negras”, que en la década del treinta llenaron las ciudades en busca de empleo. Esta mezcla cultural encontró su reflejo político en una nación de aparente molde modernista, con una constitución liberal, una democracia pluralista, y mecanismos para la naturalización y asimilación de los inmigrantes. Sin embargo, como veremos a continuación, para algunos argentinos la nación liberal no era suficiente. Eventualmente, la Argentina produciría su propia mitología tribalista, la que a su vez suministraría los ingredientes esenciales del nacionalismo argentino — un nacionalismo muy distinto al sentido liberal de la pertenencia a una nación.¹

¹ Como se señala a menudo, el término “nación” no es particularmente útil para delimitar un tipo particular de comunidad. Aplicado a países tan antiguos como la China y tan nuevos como Zimbawe,

Uno de los principales arquitectos de este proyecto tribalista fue Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959), intelectual populista, historiador revisionista y defensor del peronismo.² Fuera de la Argentina, Scalabrini es más conocido por obras que no examino aquí: sus decisivos y polémicos estudios sobre la historia económica argentina, *Política Británica en el Río de la Plata e Historia de los ferrocarriles argentinos*, ambos publicados en 1940.³ Debido a los furiosos sentimientos anti-británicos de Scalabrini, su apoyo a Perón y su pública neutralidad durante la segunda guerra mundial, estos libros de

grandes como los Estados Unidos y pequeños como Kuwait — lo mismo que a pueblos tan dispersos como la diáspora judía o sin un estado como los Kurdos — el término parece incluir tantos tipos diferentes de grupos sociales que es prácticamente sin valor para un sentido definitivo. Ya desde 1882, en *Qu'est-ce qu'une nation*, el historiador y filósofo francés Ernest Renan sostuvo convincentemente que la noción romántica del nacionalismo y de pertenencia nacional estaba basada en una supuesta homogeneidad racial o cultural que carecía de bases sólidas. Más bien, él vio la nación como una construcción humana, el resultado de un "plebiscito diario" (*Oeuvres Complètes*, París, 1947, Tomo I, pp. 887 a 907). Historiadores modernos tales como E. J. Hobsbawm y Benedict Anderson insisten en que las naciones, tal como las conocemos, no existían antes del comienzo del periodo moderno, empezando más o menos a mediados del siglo dieciocho. Hobsbawm y Anderson sostienen esta posición argumentando que la erosión del poder eclesiástico, el declive de la aristocracia y el ascenso de la burguesía demandaron una nueva clase de identidad colectiva que más adelante produjo la nación moderna. Anderson también sostiene que el surgimiento de la imprenta capitalista permitió la creación de comunidades aún más grandes que, a través de una cohesión lingüística e ideológica, podían imaginarse en una escala mayor y en tiempos paralelos, convirtiéndose así en "naciones". (Ver E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, 2ª edición, Cambridge U.K., Cambridge University Press, 1992, pp. 8 a 45, y Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Edición revisada, Londres, Verso, 1991, pp. 5-7.) Estos argumentos ofrecen una buena idea de cómo Hobsbawm y Anderson utilizan el término, pero en última instancia su argumento es tautológico — es decir, las naciones son lo que ellos llaman naciones — y de alguna manera ignora el hecho de que el término estaba en uso desde mucho antes de los 1700, y que todavía se asigna a comunidades humanas que no cubren los estrictos requisitos de Hobsbawm y Anderson. Si bien aprecio sus intentos de definir la palabra, o al menos de decirnos cómo la utilizan, en este artículo defino "tribalismo" de forma bastante específica, pero evito utilizar el término "nación" de una manera en particular. Además, a pesar de que mantengo que el tribalismo (tal como lo defino aquí) es un frecuente contribuyente de los movimientos nacionalistas, reconozco que el término "nacionalismo" no está necesariamente limitado al paradigma tribal utilizado en este artículo.

² La muy positiva biografía de Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz* (Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1970.) es sin duda el estudio más completo sobre la vida y obra de Scalabrini. También es útil otra biografía menos detallada de Galasso: *Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Cuadernos de Crisis, 1975.

³ Ambos libros consideran los efectos de la amplia influencia de los ingleses en el desarrollo económico de la Argentina, tanto en sus préstamos como en sus inversiones. El resultado de la presencia inglesa, desde el punto de vista de Scalabrini, fue un empobrecimiento de la Argentina que la dejó en un estado de dependencia neo-colonial. Las ideas económicas de Scalabrini están bien presentadas y analizadas por Mark Falcoff en "Raúl Scalabrini Ortiz: The Making of an Argentine Nationalist", en *Hispanic American Historical Review*, 52, 1, feb. 1972, pp. 74-101. Otro texto también imprescindible de Mark Falcoff es su tesis doctoral *Argentine Nationalism on the Eve of Perón: Force of Radical Orientation of Young Argentina and Its Rivals*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1970.

entrada fueron considerados controvertidos, aunque eventualmente obtendrían amplia fama entre anti-imperialistas de las más variadas corrientes políticas.⁴ Además de ser historiador, Scalabrini era un estudioso imaginativo y un inventor del alma argentina. Este aspecto de su pensamiento ha recibido poca atención de los críticos, a pesar de que *El hombre que está solo y espera*, su ensayo principal sobre la argentinidad (al cual yo le dedicaré la mayor parte de mi atención en este artículo), se ha continuado publicando desde que apareció por vez primera en el año 1931.⁵

En este artículo, mi objetivo es triple. En la próxima sección, esbozo lo que podría llamarse un paradigma de la identidad tribal basándome principalmente en la historia bíblica de la casa de Israel — el mito de formación nacional que más éxito ha tenido en la civilización occidental. Luego de esta necesaria digresión, comparo la historia bíblica con la descripción de la “verdadera” identidad argentina que hace Scalabrini, para ver cómo intenta inventar una identidad neo-tribal para la Argentina moderna, un mito de pertenencia “natural”, que, a pesar de no tener ningún

⁴ Otra de las causas de la importancia de Scalabrini es su influencia sobre la figura política argentina más importante de este siglo, Juan Domingo Perón, el maestro de las masas, “un Don Juan para machos”. (La frase “un Don Juan para machos” proviene de la descripción que el novelista cubano Alejo Carpentier hace de Victor Hugues, el dictador de Guadalupe durante el siglo diecinueve, y que, según mi opinión, describe adecuadamente la habilidad de Perón para seducir a hombres que se lo permitieron. (Ver Alejo Carpentier, *El Siglo de las Luces*, 1962, Barcelona, Seix Barral, 1992, p. 107.) Perón tomó prestado mucho e inventó poco. Es más, un elemento esencial de su genio político era su talento para unir en un mismo movimiento político a fuerzas e ideas diversas y a menudo contradictorias. Su conocimiento de la historia argentina, especialmente de su historia económica, estaba altamente influenciado por los Cuadernos de FORJA, cuyo principal autor era Scalabrini Ortiz (Ver Galasso, *Vida de Scalabrini*, pp. 373-378). Asimismo, el análisis histórico del libro más influyente de Perón, *Los vendepatria: pruebas de una traición*, publicado por primera vez en Venezuela en 1957, se puede remontar directamente a Scalabrini — una deuda que Perón reconoce en varias partes del texto. Sin embargo, Scalabrini tuvo poco contacto con Perón y tomó a mal el no haber recibido más atención, o por lo menos un puesto en el gobierno durante las dos primeras presidencias de Perón (1946 a 1955). (Ver Galasso, *Scalabrini Ortiz*, pp. 64-65.) No obstante, cuando Perón cayó en 1955, Scalabrini retornó a la lucha política, sosteniendo hasta su muerte en 1959 que el peronismo era la única alternativa a la dominación colonial.

⁵ Aunque *El hombre que está solo y espera* es la obra más conocida de Scalabrini, y un libro al cual el mismo Scalabrini se refería a menudo, es un libro poco estudiado. Mark Falcoff, un analista en general perceptivo de problemas argentinos, afirma que el libro es rico en lunfardo, el dialecto de las clases bajas de Buenos Aires, y básicamente descarta la obra como “incoherente y prolija” pero “divertida”. Supongo que “divertida” es cuestión de gustos; pero resulta todavía menos claro cómo alguien puede confundir la prosa elegante, y por momentos barroca, de Scalabrini con el lunfardo. (Ver Mark Falcoff, “Raúl Scalabrini Ortiz: The Making of an Argentine Nationalist”, p. 89.) Para Norberto Galasso, el libro es básicamente un esfuerzo poético que traza la base ideológica para el revisionismo histórico y la militancia anti-imperialista de Scalabrini, pero lo que dice sobre el libro es más descriptivo que analítico. (Ver *Vida de Scalabrini*, pp. 122-133.)

apoyo empírico o racional, no ha dejado de perdurar en la imaginación colectiva de muchos argentinos. Concluyo con una breve mirada a cómo las imaginaciones políticamente exitosas de Scalabrini pueden contribuir a nuestra comprensión del nacionalismo en general, particularmente dentro del marco referencial desarrollado por intelectuales influyentes tales como E. J. Hobsbawm y Benedict Anderson.⁶

El paradigma tribal: una lección del Génesis

Prácticamente todas las historias tribales comienzan con una explicación sobrehumana, se llame Dios, espíritu o metafísica. La Biblia no es una excepción en su versión del primer llamado de Dios a Abraham:

Pero Jehová había dicho a Abraham: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré; y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra. (Génesis 12:1-3)

En este breve párrafo podemos identificar cinco elementos cruciales del paradigma tribal, elementos a los que, si el lector me perdona un neologismo, llamaré “tribalemas”. En primer lugar, el origen de una tribu es metafísico, abstracto, más allá de los sentidos. En el caso de Abraham, la causa era Yahweh, la deidad tribal que eventualmente se metamorfosearía en el dios del judaísmo, el cristianismo y el islam. Sin embargo, este principio metafísico no necesita ser una deidad. Como lo indicara Auguste Comte en su condena a la metafísica, conceptos no menos abstractos — por ejemplo el contrato social y los derechos inalienables del hombre — prestan a menudo la misma función. Un segundo “tribalema” del pasaje anterior es la conexión de la tribu a una tierra en especial, una tierra prometida que será no solamente el espacio donde la tribu realizará su historia sino también un

⁶ El grado en que el paradigma tribalista que se detalla a continuación puede utilizarse para otras ideas, además de las de Scalabrini, es algo que va más allá de lo que considero en este artículo. Por ejemplo, no comparo elementos del pensamiento de Scalabrini con pensadores proto-nacionalistas tales como Johann Herder o Charles Maurras, aunque sí se podría hacer tal conexión. En un estudio más extenso que finalizaré en breve, examino otros movimientos nacionalistas de Hispanoamérica que revelan una nostalgia por la identidad tribal similar a la de Scalabrini. Hay muchos buenos estudios sobre el nacionalismo argentino. Entre los mejores se encuentran: Marysa Gerassi Navarro, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1968, y David Rock, *Authoritarian Argentina*, Berkeley, University of California Press, 1993.

elemento sobrenatural en su identidad colectiva, un lugar de procedencia, de milagros y sueños, de eventuales retornos. En tercer lugar, la historia bíblica conecta la identidad colectiva a un patriarca, que a su vez le otorga a su posteridad el concepto de linaje, de pertenencia familiar e interrelación. La tribu es una familia pensada en grande, y los hijos de la familia nacen, no se hacen. Además, cuando sus descendientes asumen el liderazgo tribal, el patriarca se transforma en patriarcado. En cuarto lugar, la tribu recibe una promesa que la ubica por encima de otros pueblos (“y a los que te maldijeren maldeciré”) convirtiéndola en el pueblo escogido, favorecido por Dios. Finalmente, la tribu recibe una misión sagrada (“serán benditas en ti todas las familias de la tierra”), un grandioso destino colectivo.

Otros pasajes posteriores del Génesis agregan nombres y signos al paradigma tribal. Dios cambia el nombre de Abram a Abraham, diciendo “Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes” (Génesis 17:5). El nuevo nombre invoca una promesa de patriarcado y elección. Los descendientes de Abraham también reciben nuevos nombres. Por ejemplo, Dios cambia el nombre a Jacob, el nieto de Abraham, por el de Israel, la raíz del nombre tribal de los israelitas y de la Casa de Israel con que se conocerá a todos los descendientes de Jacob (Génesis 35:9-10). Acompañando el nuevo nombre hay un signo, el de la circuncisión, que marca a los hombres de la alianza.⁷ A través de la historia de la identidad colectiva abundan los nombres y los signos, ya se trate de familias, tribus o naciones modernas. Por ejemplo, en nuestros días, a través de la conversión o la naturalización, los ciudadanos de las naciones modernas toman nuevos nombres para demostrar nuevas lealtades. Igualmente, el signo físico de identidad marcado por la circuncisión es similar a símbolos nacionales tales como banderas, escudos y uniformes. Todos señalan una relación especial por la cual el individuo entrega parte de su identidad a la colectividad.

Otro elemento del paradigma tribal tal cual emerge de la historia del Génesis, es la necesidad de excluir, de identificar enemigos o, al menos, mortales inferiores. Sara, siendo estéril, urge a su esposo a engendrar un

⁷ En la Biblia, los cambios de nombre a menudo indican nuevas relaciones. Sarai se convierte en Sara para simbolizar que deja su existencia ordinaria y es llamada a dar: “vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella” (Génesis 17:15-16). En el testamento cristiano, Simón se convierte en Pedro, un nombre que marca su transición de mero discípulo a “la roca” sobre la que Cristo edificará su iglesia (Mateo 16:17-18). Asimismo, Saulo, el perseguidor de cristianos, después de su conversión se transforma en Pablo, el evangelista cristiano y el apóstol de los gentiles.

hijo con Hagar, una esclava. Pero una vez que nace Ismael de esta relación, Sara siente celos de Hagar. Su furia estalla varios años después al ver a Ismael jugando con Isaac, el hijo recién nacido de Sara. Es entonces que le dice a Abraham: “Echa a esta sierva y a su hijo; porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo” (Génesis 21:10-11). No hay ninguna tribu o nación que haya funcionado sin restringir la pertenencia y sus privilegios — que es otra forma de definir a intrusos y enemigos. A pesar de la dureza del comportamiento de Sara, sus actos establecen la necesidad que tiene una colectividad de incluir y también de excluir. Isaac y su posteridad serán los hijos del convenio, los portadores del signo y los recipientes de la promesa. Lo que tienen de especial sólo tendrá sentido si se excluye a otros.

La cumbre del paradigma tribal es el derecho de demandar sacrificios, a través de la voz de Dios, o la voz de los monarcas que reinan por derecho divino, o la voz colectiva de un pueblo idealizado cuyos líderes electos hablan por él. Abraham y Sara tienen un solo hijo, Isaac, al que Dios ha designado para llevar la progenitura de toda la posteridad de Abraham. Es el portador especial de promesas y privilegios, un eslabón esencial para la continuidad tribal. Con todo, Dios decide probar la devoción de Abraham a la alianza y le ordena que ofrezca a Isaac en holocausto. Abraham, dudoso, construye el altar, ata al niño sobre una pira de madera, y alza su cuchillo para matarlo. A último momento, un ángel lo detiene, pero sólo luego que se ha establecido un punto crucial: el individuo aliado a la colectividad debe estar preparado para devolverle todo a la colectividad, incluso su vida.

En resumidas cuentas, la historia del Génesis ofrece una lista concisa de “tribalemas”. Estos incluyen la causa sobrenatural, la tierra sagrada, la fundación de una familia y de un patriarcado, la colectividad como categoría favorita y por encima de otras gentes, la misión sagrada o el destino compartido de la colectividad, los nombres y signos especiales de identidad grupal, la capacidad para identificar y excluir enemigos, y el derecho a demandar sacrificios.

El neo-tribalismo de Raúl Scalabrini Ortiz

Durante sus años juveniles, poco parecía indicar que Scalabrini Ortiz escribiría eventualmente un libro como *El hombre que está solo y espera*, y mucho menos que se convertiría en un ardiente y exitoso crítico del imperialismo británico y un importante pensador nacionalista. A pesar de haberse entrenado para agrimensor e ingeniero, el joven Raúl reveló cierto

talento literario así como una notable destreza de boxeador. En 1932, cuando tenía solamente veinticinco años, publicó *La manga*, una colección de cuentos que ocupa un lugar secundario en el canon literario argentino. A fines de la década del veinte, ya colaboraba regularmente en las secciones culturales de los principales diarios y revistas de Buenos Aires, incluyendo al diario patricio *La Nación*.

Sin embargo, su interés en la política y la economía pronto apartó a Scalabrini de la literatura imaginativa. El 6 de septiembre de 1930, la Argentina, que debido a la depresión económica mundial enfrentaba un mercado de exportación en recesión, experimentó un hecho que sería decisivo para la historia del país y también cambiaría el curso de la vida de Scalabrini: el general José Félix Uriburu armó un golpe de estado contra la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen. El primero de este siglo, este golpe puso fin a casi ochenta años de gobiernos institucionales y reveló la fragilidad de las instituciones democráticas argentinas. Uriburu, simpatizante fascista y católico devoto, resultó demasiado ingenuo e inflexible para ser presidente y en menos de un año fue reemplazado por el general Augusto P. Justo, un político astuto y entusiasta con grandes ideas y pocos escrúpulos. De la versatilidad de Justo en el fraude y su indiferencia general por los procesos democráticos nació el nombre que aún se usa para referirse a los años treinta: la década infame. La coincidencia del declive económico y el fracaso político también inspiró (y desilusionó) a una notable generación de escritores, intelectuales e historiadores que maduraron en esta década, siendo uno de los más notables el mismo Scalabrini.⁸ Un año después del golpe publicó *El hombre que está solo y espera*.

⁸ Otras reflexiones importantes sobre el aparente fracaso de la Argentina en ese momento incluyen obras de los nacionalistas Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico*, de 1934; Benjamín Villafañe, *La tragedia argentina*, de 1934, y José Luis Torres, *Algunas maneras de vender la patria*, de 1940. Una obra especialmente pesimista es *Radiografía de la pampa* (1933) donde Ezequiel Martínez Estrada sostiene que el fracaso de la Argentina se debe a causas orgánicas y que fue por lo tanto inevitable, el resultado de defectos del carácter criollo, de la geografía argentina y de la tradición hispana. En *Historia de una pasión argentina* (1937), Eduardo Mallea lamenta que el proyecto nacional ha cedido lugar al materialismo; además traza una defensa del criollismo, con ciertos parentescos a Scalabrini en *El hombre que está solo y espera*, aunque los dos hombres distaban mucho de ser aliados políticos. Otro intelectual nacionalista que adquiría mucha importancia es Carlos Iburguren, cuya biografía simpatizante de Juan Manuel de Rosas, el hombre fuerte del siglo diecinueve, publicada en 1930, inauguró una escuela de revisionismo histórico de la cual formaría parte Scalabrini. Para una breve reseña de las corrientes intelectuales de esos tiempos, ver Mark Falcoff, "Intellectual Currents", en *Prologue to Perón*, Berkeley, University of California Press, 1975, pp. 110-135. Otra historia útil pero tendenciosa de los tiempos de Scalabrini es *La formación de la conciencia nacional* de Juan José Hernández Arregui, publicada por primera vez en 1960 y de la cual hay varias ediciones disponibles. También útil es "The Historiography of

Scalabrini comienza *El hombre que está solo y espera* con dos asombrosas imágenes cuya fuerza se extiende más allá de la historia hacia mitos de creación y causas primordiales, altamente reminiscentes del paradigma tribal esbozado anteriormente. En el prólogo, Scalabrini sostiene que la Argentina, o mejor dicho la auténtica Argentina, debe hacerse a la imagen del

espíritu de la tierra que es como un gigante que debido a sus dimensiones desmesuradas es tan invisible para nosotros como nosotros lo somos para los microbios. Aquel gigante es un enorme arquetipo que se alimentó y creció del influjo inmigrante, devorando y asimilando millones de españoles, sin dejar nunca de ser idéntico a sí mismo. El destino se encoge frente a la grandeza del espíritu.⁹

El espíritu de la tierra niega implícitamente la formación de la nación como una empresa nacional, o una actividad consensual, como la que sugiere el plebiscito diario de Renan. Más bien, este pasaje sugiere una nostalgia por una causa sobrenatural similar al Dios de la Biblia hebrea. Scalabrini busca una explicación más allá de la historia y de la ciencia. En su esquema, la verdadera base de la Argentina es un espíritu, una causa metafísica, un eco de la frase bíblica, “Dijo Yahweh a Abraham” (Génesis 12:1).

Al vincular el espíritu con la tierra, Scalabrini invoca una segunda imagen poderosa, la tierra en sí — y de esta manera combina metafísica con lugar, dios con tierra. La promesa de Yahweh a Abraham comienza con la promesa de una nueva tierra: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré...” (Génesis 12:1). En el imaginario de Scalabrini, el destino de la Argentina también está ligado a la tierra que le dará al país su carácter especial y también determinará su destino. La tierra se convierte en una causa primaria y metafísica que precede y excede a la nación política. Como el Dios de Abraham, el espíritu de la tierra no presta atención a los deseos de los individuos, sino que los asigna al servicio de sus objetivos.¹⁰

the Río de la Plata Area since 1830”, un estudio de la historiografía argentina de Joseph R. Burger, en *The Hispanic American Historical Review*, 39, Noviembre 1959, pp. 388-642.

⁹ Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre que está solo y espera*, 1931, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, p. 19. Otras referencias a este libro se incluyen en el texto.

¹⁰ La conexión entre las escrituras y *El hombre que está solo y espera* no pasó inadvertida entre sus primeros críticos, algunos de los cuales la llamaron la biblia porteña. (Ver Galasso, *La vida de Scalabrini Ortiz*, pp. 122-128.) También es de notar que Scalabrini, aunque no religioso en ningún sentido tradicional, subtítulo a su libro de poesía *Tierra de nadie, tierra de profetas* como “un devocionario para argentinos”.

Según Scalabrini, no todos los argentinos son igualmente sensitivos al espíritu de la tierra. Así como Dios separó a los israelitas de los otros, el espíritu de la tierra también reclama a los suyos. Asimismo, tal como la historia de Sara y Hagar muestra que la elección debe también incluir el derecho a excluir, Scalabrini debe dividir su mundo entre los argentinos auténticos y sus enemigos.

El argentino auténtico, el que se moviliza por el espíritu de la tierra, necesita un nombre, un signo exterior (visible) de su verdadera identidad. Scalabrini le da varios nombres, “El hombre que está solo y espera,” o “El hombre de Corrientes y Esmeralda”. La esquina de Corrientes y Esmeralda es un punto relativamente insignificante en el centro de Buenos Aires, la intersección de una avenida bulliciosa y una angosta calle lateral. Que este lugar no refleje grandeza alguna es precisamente la intención de Scalabrini. El hombre de esta esquina será un típico argentino, un porteño, un producto del verdadero Buenos Aires. Sin embargo, lo que distingue a este individuo es su sensibilidad al influjo del espíritu de la tierra. Aquí, la terminología de Scalabrini combina nociones de argentino típico con la noción un tanto contradictoria del porteño típico. En su esquema, el verdadero porteño tiene más en común con el argentino provinciano que con argentinos cultos, extranjerizados y extranjerizantes.

De esta manera, tanto el verdadero porteño como el provinciano se definen por su sumisión al espíritu de la tierra. Esta identidad, sin embargo, no se consigue sin costo:

El hombre porteño [o El hombre de Corrientes y Esmeralda] está retenido junto al desencadenamiento del tiempo por el sentimiento de su imputabilidad en los destinos del espíritu de su tierra, al que su destino está afectiva e inmodificablemente trenzado. Para eximirse de esa responsabilidad, de la que es autor y agente, el hombre se amputa una fracción de sí mismo, y cede a la colectividad algunos de los derechos y de los deberes que se confiere. (*El hombre...*, p. 64)

El verdadero argentino de Scalabrini entrega su individualidad al grupo, a la tribu. Esta renuncia del propio ser puede ser dolorosa. Según Scalabrini es como una amputación, hecha necesaria para que el espíritu realice su destino y para que el individuo realice el suyo propio. El individua-

Los poemas de *Tierra de nadie* hacen frecuentes referencias a la mística tierra argentina y a la necesidad de que los individuos se sumerjan en una identidad colectiva, en “fundirse en algo más grande que uno mismo” (p. 16).

lismo liberal debe ceder frente al hombre colectivo o tribal quien en su colectividad sólo responde a los misteriosos impulsos del espíritu de la tierra.

Al igual que en otros casos, la imagen que Scalabrini presenta del espíritu, predominando sobre la voluntad del individuo, es comparable a la identidad tribal dada a la Casa de Israel. El dios de Israel era un dios posesivo, que exigía que su pueblo renunciara a todos los otros dioses y rindiera homenaje solamente a Yahweh, el único dios verdadero. Como nos muestra Karen Armstrong en su notable libro *A History of God*, las primeras gentes de Palestina formaban una sociedad politeísta para quienes Jehová era sólo uno entre varios dioses. Su triunfo sobre otros dioses justificó uno de sus nombres, el Señor de Sabaot, es decir, el dios de los ejércitos. En la imaginación popular, otros dioses y diosas — por ejemplo Baal, Murduk e Ishtar — se rivalizaban con Yahweh, así dando a los individuos la capacidad de influir en su mundo, invocando la ayuda de diferentes dioses para diferentes propósitos. Sin embargo, al igual que el espíritu de la tierra de Scalabrini, Yahweh tenía sus propios objetivos, siendo el primero su exigencia de lealtad exclusiva, una lealtad que superaba a la voluntad individual y permitía la obediencia colectiva que proveería los cimientos para las asociaciones tribales. Es interesante que los primeros escritores hebreos no parecen ver a los otros dioses como irreales; más bien las demandas de lealtad de Yahweh son representadas como luchas entre dioses reales, siendo Jehová el que eliminará a los otros.¹¹

La idea de Scalabrini, que el argentino individual debe someterse al espíritu de la tierra e incluso amputar una parte de sí mismo para unirse a la colectividad, invoca un imaginario prácticamente idéntico. En una palabra, el verdadero argentino debe sacrificar algo, aunque sea muy querido, para demostrar su sumisión al espíritu de la tierra y su deseo de pertenecer a la colectividad. La coronación del paradigma tribal es el derecho a exigir sacrificios, a través de la voz de Dios, la de los reyes que reinan por derecho divino, o la voz colectiva de un pueblo idealizado cuyos líderes electos hablan por él. En el mito de Israel, Abraham y Sara tienen sólo un hijo, Isaac, el que Dios ha destinado para encabezar la progenitura de la descendencia de Abraham. Sin embargo, el hecho de que Abraham esté dispuesto a matar a su hijo para preservar la alianza señala un punto esencial: el individuo que está aliado a la colectividad debe estar preparado para devolver algo (o todo) a la misma colectividad, incluso la vida de su único heredero. La imagen de

¹¹ Karen Armstrong, *A History of God: The 4000-Year Question of Judaism, Christianity and Islam*, New York, Alfred A. Knopf, 1994, pp. 7-27.

Scalabrini de la necesidad de amputarse parte de uno mismo es igualmente dramática.

El no abandonar a los dioses foráneos y someterse únicamente a Jehová también trajo privaciones. Es más, los sufrimientos de Israel son continuamente atribuidos al hecho de que el pueblo repetidas veces se muestra incapaz de abandonar a otros dioses y adorar sólo a Jehová. Scalabrini también condena a los argentinos que no escuchan u obedecen al espíritu de la tierra. Además, sus pecadores, al igual que aquellos del antiguo Israel, mostraron su pecaminosidad al someterse a dioses foráneos. Las crisis recurrentes de la Argentina, en especial la del año 1930, eran, en la descripción de Scalabrini, debidas a que los argentinos liberales no se sometieron al espíritu de la tierra:

Tuvieron ideales, escorzos de ideales que aparecían al alcance de la mano. Creyeron en la ciencia, a pie juntillas. Los biólogos, los fisiólogos, los químicos, los astrónomos y los mecánicos fueron los sacerdotes laicos de su religión... En pocos años trastornaron la dinámica del país. Se aliaron al capital extranjero y juntos fundaron pueblos, tendieron ferrocarriles, construyeron puertos, dragaron canales y diques, importaron máquinas, repartieron la tierra y la colonizaron. En esas procuraciones se atarearon, y desatendieron el espíritu del país. (*El hombre...*, p. 55)

El haber fracasado en tales empresas fue inevitable porque las mismas no eran auténticas, y el hombre de Corrientes y Esmeralda “es inmune a todo lo que no haya nacido de él” (p. 40). Los proyectos del liberalismo no podían triunfar porque el argentino real desconfía “de todas las mentiras convencionales de la cultura europea” (p. 92). El deseado encuentro místico de los argentinos auténticos tendría que surgir de su propia tierra y no podría ser importado. Tal como el caso de los hijos de Israel, su salvación reside en abandonar a dioses foráneos y obedecer al espíritu de la tierra, el verdadero dios de la Argentina. En la condena de Scalabrini a los argentinos liberales hay latente un sentido de que el destino verdadero y grandioso de la Argentina se ha frustrado, de que el argentino que equivale al “en ti todas las familias de la tierra serán bendecidas” no se ha realizado porque los hijos de la tierra prometida han adorado a otros dioses.

Sin embargo, no basta con rechazar a los sacerdotes de doctrinas extranjeras o los biólogos, químicos, y técnicos enumerados; el verdadero argentino también tiene que aceptar una nueva epistemología por la cual se transmitirá el conocimiento y debe rechazar los procesos empíricos y racionales que parecen justificar dogmas extranjeros. Para definir esta nueva

epistemología, Scalabrini nos dice que el porteño no piensa y que en realidad no necesita pensar. Más bien debe intuir, confiar en sus pálpitos. Scalabrini sostiene que “el porteño no piensa, siente. Siento, es por lo tanto un aforismo más apropiado que el cartesiano” (p. 75). Luego afirma que “[el porteño] no es hombre de preparativos, sino de intuiciones súbitas” (p. 77). Y a través de esas intuiciones, el verdadero argentino escucha la voz de la tierra. Por otra parte, aquél que no logra escuchar la voz de la tierra, traiciona su destino de argentino. Para Scalabrini, el método a elegir es la improvisación en lugar del planeamiento, porque improvisar, a diferencia de planear, no traiciona a “los pálpitos”:

El hombre de Corrientes y Esmeralda no desafía, no aspira a desafiar, al europeo en el abroquelamiento de su cultura. Intuye que frente a un europeo nuestros hombres más cultos... son vulgares aprendices... y un fondo de desprecio es el honorario que entrega a los intelectuales que al modo europeo improvisan habladurías contra la improvisación. Y ésa es una de las causas que en inavenible divorcio separa lo intelectual de lo porteño. (*El hombre...*, pp. 77-78)

Para Scalabrini, sentir, más que saber, es la forma en que el espíritu de la tierra se comunica con sus acólitos. El encuentro de un individuo con el destino auténtico de la Argentina sólo es posible cuando se ha superado a la voz de la razón. El hombre de Corrientes y Esmeralda “‘palpita’, juiciosamente, que en ningún libro hallará asistencia para sus incertidumbres” (*El hombre...*, p. 77).

¿Quién será el líder de tal sistema? Scalabrini sostiene que un verdadero líder argentino debe primero y principalmente escuchar al espíritu de la tierra y discernir en lo que oye cuál es la voluntad inarticulada de los auténticos argentinos:

Para descifrarlo es preciso ser idéntico a él mismo. El adivinamiento es su voluntad [y] es la desesperación de los políticos, de los mandatarios, de los directores de periódicos y de todos los que de alguna forma dependen de él. Los hombres solamente inteligentes fracasan en la función pública. El hombre de Corrientes y Esmeralda, ante todo, exige que los hombres públicos tengan, no conocimientos, nociones librescas, sino instintos poderosos, penetración lista, es decir, que sean hombres de pálpito. Por eso tampoco le interesan los programas, las plataformas, los palabreríos de los partidos políticos. Frente a la compleja realidad argentina, los programas son imposturas en relación a los hombres y a la derechura de su conducta... El “pálpito” es el único piloto fehaciente en el caos de la vida porteña y la única virtud cuya posesión premia el hombre porteño. (*El hombre...*, pp. 79-80)

En otras palabras, para Scalabrini Ortiz, todo el aparato cívico — sus instituciones, leyes, procedimientos y métodos — significa poco. El único gobierno posible es una persona que comprenda la inarticulada, y quizás inarticulable, voz del pueblo auténtico. En resumidas cuentas, lo que se necesita es un líder único al quien el espíritu de la tierra le ha conferido su sacerdocio místico, el sacerdocio universal de los creyentes sin voz. Este líder es la encarnación de la nostalgia de Scalabrini por el profeta de Yahweh, por el patriarca Abraham, por el Moisés que escuchó la voz de Dios en medio de una zarza. En la epistemología de Scalabrini, la intuición reemplaza la autoridad que se escucha en “Y dijo el Señor”, y constituye una nueva base para elegir a los profetas: aquel que intuye mejor debe conducir al resto. Por consiguiente, Scalabrini no se detiene en la denuncia de la servitud a modelos europeos, o “el cipayismo” para usar una palabra de la época; además sostiene que la historia argentina, debidamente leída, con un oído atento al espíritu de la tierra, ofrece lecciones de cómo la Argentina debería ser gobernada. Según Scalabrini, el hombre de Corrientes y Esmeralda necesita un líder fuerte; lo que es más, Scalabrini encuentra ese tipo de liderazgo en el ejemplo de los federalistas del siglo diecinueve, quienes siendo poco versados en modelos extranjeros, escucharon al espíritu de la tierra y de esta forma conocieron la voluntad del pueblo auténtico.

El nombre que la Argentina populista confirió a ese hombre que intuye y articula la voluntad del auténtico pueblo es el término medieval “caudillo”. Junto con otros historiadores revisionistas, Scalabrini contribuyó a popularizar la noción de que sólo un caudillo podía gobernar la Argentina y de que, en este siglo, el espíritu del caudillo se había manifestado en dos personas: Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón.¹² En una de sus conferencias más reveladoras, titulada “Yrigoyen y Perón”, Scalabrini sostiene que lo que habría salvado a Yrigoyen son “los lazos invisibles de comunicación y comprensión” entre el pueblo y su “conductor”. Escribe:

¹² Yrigoyen asumió como presidente de la Argentina en 1916, después de veinticinco años de lucha contra lo que él llamaba “el régimen”, su nombre para los gobiernos oligarcas y ostensiblemente liberales que gobernaron a la Argentina desde que Bartolomé Mitre subiera a la presidencia en 1862. Uno de los mayores logros de Yrigoyen fue la sanción de la ley Sáenz Peña, que en 1912 proclamó el sufragio universal (sólo para los hombres) y preparó el camino para el triunfo presidencial de Yrigoyen cuatro años más tarde. Yrigoyen completó su mandato a pesar de la oposición sañosa de los argentinos tradicionalistas. En 1922, como la constitución le impidió presentarse para un segundo término, entregó el gobierno a Marcelo T. de Alvear, pero en 1928 volvió a la presidencia. El 6 de septiembre de 1930 fue destituido por un golpe militar fascista, el primero de este siglo. Recientemente, Carlos Menem se convirtió en el primer presidente argentino que pudo completar su mandato constitucional desde 1928.

La oligarquía lanzó contra [Yrigoyen] todo el bagaje de su artillería política. Lo rodeó de un elástico pero insalvable cinturón de espionaje y delación. El periodismo lo acosó con sus más acerados dardos de sátira, lo motejó y trató de enlodarlo con burdas calumnias. Pero la intuición del pueblo lo seguía con certero instinto, y la popularidad de Yrigoyen crecía en la misma medida en que se trataba de desprestigiarlo, como si entre el pueblo y su posible conductor se hubieran establecido lazos invisibles de comunicación y entendimiento.¹³

En la misma charla, Scalabrini dice que Yrigoyen no comprendió bien que él era el elegido del pueblo, que su voluntad era lo que verdaderamente representaba al pueblo y al espíritu de la tierra, que, en una palabra, él era el caudillo del momento. Según Scalabrini:

Yrigoyen cometió dos errores políticos. El primero fue el de detener su obra revolucionaria en el umbral del parlamento y permitir que un senado que venía desde el mayor oprobio del régimen obstaculizara su obra de gobierno y su empresa de reivindicación nacional. El segundo fue el dejar indemne a la oligarquía dueña de sus tierras, de sus diarios, de sus privilegios. Posiblemente Yrigoyen que tenía profunda confianza en la posibilidad de unir a todos los argentinos en la fortaleza de un solo haz, creyó que bastaba la nobleza de sus propósitos y la generosidad de sus anhelos para disuadirlos alguna vez y hacerlos cejar en su enconada oposición. Esos errores políticos engendraron el 6 de septiembre de 1930. (*Yrigoyen y Perón*, pp. 22-23)

En resumidas cuentas, para Scalabrini el error de Yrigoyen fue creer que podía reformar a la Argentina con los mecanismos económicos y políticos del liberalismo burgués. Aunque Scalabrini no recomienda un plan de acción específico, parecería que a su juicio Yrigoyen tendría que haber abolido el congreso y confiscado las propiedades y los periódicos de sus poderosos enemigos. Para decirlo de otra forma, Scalabrini mantiene que Yrigoyen debería haberse comportado más como un patriarca elegido por Dios, cuya rectitud en la defensa del pueblo no necesitaba consenso institucional. La tribu argentina necesitaba su Moisés, alguien que defendiera al auténtico pueblo y liberara a la tierra prometida de los inicuos y los poderosos, alguien cuya autoridad viniera de la misma tierra y no de los refinamientos de la democracia burguesa.¹⁴

¹³ Raúl Scalabrini Ortiz, *Yrigoyen y Perón*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972, pp. 22-23. De aquí en adelante las referencias a esta obra se incluirán en el texto.

¹⁴ En noviembre de 1939, Scalabrini fundó el diario *Reconquista*. Este nombre alude a las guerras peleadas durante la Edad Media por los cristianos españoles para liberar a la España cristiana (que para

Como el caudillo sólo existe en cuanto intuye el espíritu de la tierra, lo que a su vez se integra con la intuición no articulada y la voluntad del pueblo, llega un momento en que Scalabrini tiene que definir al pueblo auténtico, a aquellos que no son anti-argentinos y extranjerizantes, devotos de modelos y culturas foráneos. Esta empresa vuelve a reflejar una preocupación central del tribalismo y un problema que la Biblia hebrea trata explícitamente. Lo que distingue al pueblo de Dios es su convenio con Dios, el que a su vez da a la gente derechos y responsabilidades específicos.

Al igual que los compiladores anónimos de las escrituras hebreas, Scalabrini también sostiene la existencia de un pueblo escogido, el pueblo del convenio que tiene alianza con el espíritu de la tierra. En su plan, el pueblo auténtico de la Argentina tuvo su primera encarnación en la Revolución de Mayo de 1810, cuando las “multitudes argentinas provistas de un poderoso instinto de orientación política e histórica” depositaron su fe por primera vez en “el conductor que los guiaba”, en este caso Mariano Moreno, cuyo jacobino plan revolucionario es amplia y aprobatoriamente citado por Scalabrini (*Yrigoyen y Perón*, pp. 29-30; 110-111). El pueblo del convenio vuelve a aparecer en varios puntos claves de la historia argentina, a menudo para apoyar a ciertos caudillos entre los cuales Scalabrini ubica a Mariano Moreno, Manuel Dorrego, Juan Manuel de Rosas y varios caudillos federalistas. En la reconstrucción histórica que Scalabrini hace de la Argentina, la constitución de 1853 fue un acto de traición popular, una rendición a dioses foráneos, y su principal inspirador, el ensayista Juan Bautista Alberdi, representa “un terrible indicador del grado de sumisión al que puede degradarse un intelecto distinguido cuando no se nutre de una adhesión incondicional a los sentimientos de la gente de su tierra nativa” (*Yrigoyen y Perón*, p. 113).¹⁵

los reconquistadores incluía toda la Península Ibérica) de la dominación de los moros. Dado que la reconquista española fue esencialmente una guerra santa contra la ocupación, es de suponer que a Scalabrini no se le escapó esta conexión entre la reconquista española y su lucha para recuperar la Argentina para los “verdaderos” argentinos. Este nombre establece una fuerte conexión entre las luchas de dos pueblos comprometidos (que son parte de una alianza) para recuperar a su tierra prometida de la ocupación extranjera. Curiosamente, para Falcoff el nombre del diario es una alusión a la victoria de Buenos Aires contra los invasores ingleses de 1806. Aunque los criollos que derrotaron a los ingleses puedan haberse considerado parte de la reconquista, la verdadera resonancia mitológica del término se remonta a las guerras de los cristianos españoles contra los moros.

¹⁵ Scalabrini fue frecuentemente acusado de fascista por su fascinación por los líderes fuertes y su desilusión con la democracia burguesa. Según el propio Scalabrini, él era leninista y materialista (Rock,

Sin embargo, para Scalabrini, los impulsos “extranjerizantes” del liberalismo argentino fracasaron porque los inmigrantes que llegaron a las costas argentinas entre 1860 y 1930, a pesar de ser extranjeros, estaban más en armonía con el espíritu de su nueva tierra que los liberales “extranjerizados” nacidos en la Argentina. Según Scalabrini:

Los intrusos formaban hordas de la más pésima calaña, de la estofa más vil. Eran refugos de razas que se atropellaban en su codicia sin freno, catervas desbocadas por una ilusión de fortuna, que traían consigo, acrecentados, todos los defectos de su sociedad, y no sus virtudes. Eran seres mezquinos de miras, atenaceados por una gula insatisfecha. Seres sensuales y procelosos, sin continencia, que gustaban del estrépito, de la música, de la danza, de la jarana. (*El hombre...*, p. 45)

En esta cita, Scalabrini reproduce con un goce perverso todos los prejuicios de la élite argentina, que al mismo tiempo que necesitaba la mano de obra barata de los migrantes e inmigrantes, veía a los mismos como intrusos que debilitarían y mancillarían la Argentina culta y europeizada con la que ellos soñaban.¹⁶ Pero Scalabrini abandona rápidamente su actitud irónica y concluye que los despreciados recién llegados se convirtieron en el repositorio del espíritu de la tierra y a raíz de esto en el verdadero pueblo del convenio y en la salvación del país. Con su arribo, “[Buenos Aires] corrió el peligro de quedar segregada del campo, de formar una corporación sin parentesco con la pampa que la nutría y de quien era símbolo, resumen y pensamiento adicto. La ciudad estuvo en trance de europeizarse” (*El hombre...*, p. 45). Con el arribo de los migrantes e inmigrantes, el espíritu

Authoritarian Argentina, p. 123), pero no está claro qué significado les habría dado a estos términos. Su conexión con el fascismo y con ciertos simpatizantes pro-Eje es un tema muy debatido. Aunque hay poca evidencia de que Scalabrini apoyara activamente los esfuerzos de guerra del Eje, sí es cierto que colaboró con los activistas Eje en su campaña contra los intereses británicos en la Argentina. Lo que es más, con frecuencia descartaba la Segunda Guerra Mundial como un conflicto entre dos imperialismos, ninguno mejor que el otro. (Ver David Rock, *Authoritarian Argentina*, pp. 23-24 y 198. También, Marc Falcoff, “Raúl Scalabrini Ortiz...”, pp. 95-97.) Norberto Galasso, el biógrafo que más simpatiza con Scalabrini, afirma que aunque fue tentado por una oferta de dinero de la embajada alemana para poder subvencionar su periódico *Reconquista*, Scalabrini rechazó esta oferta, prefiriendo que *Reconquista* se declarara en quiebra si era cuestión de aceptar dinero comprometido (Galasso, *Vida de Scalabrini*, pp. 301-312).

¹⁶ El sentimiento anti-inmigrante es fácil de documentar. Sylvia Molloy, en su excelente estudio de la autobiografía hispanoamericana, *At Face Value*, muestra cómo *Juvenilia*, las aparentemente inocentes memorias de Miguel Cané publicadas en 1882, es en realidad un ejercicio de cohesión de clases para fortalecer defensas contra los intrusos inmigrantes. Ver también Germán García, *El inmigrante en la novela argentina*, Buenos Aires, Hachette, 1970.

de la tierra impuso su voluntad, y, nuevamente, el hombre de Corrientes y Esmeralda reflejó las características de las pampas:

Ahora, ya está cabal en el fatalismo de los mismos cuatro adjetivos que esquician los más abultados vértices del hombre de la pampa: es ocioso, taciturno, sufrido y altanero. Buenos Aires es nuevamente la capital del campo. (*El hombre...*, p. 51)

Si bien Scalabrini no defendía la haraganería o la arrogancia, veía que, en esa coyuntura, esas cualidades tenían una admirable capacidad de resistencia al proyecto liberal “anti-argentino”.

La epifanía más emotiva de Scalabrini sobre el verdadero pueblo argentino se le reveló el 17 de octubre de 1945, cuando una multitud que algunos estiman en un millón de personas invadió la Plaza de Mayo de Buenos Aires para apoyar a Juan Domingo Perón que había sido detenido por sus enemigos políticos en la Isla de Martín García, una pequeña isla en el estuario del Río de la Plata. En el prólogo de un libro de poesía titulado *Tierra sin nada. Tierra de profetas, devocionario para el hombre argentino*, Scalabrini describe esa multitud de esta manera:

Hermanados en el mismo grito y en la misma fe iban el peón de campo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, mecánico de automóviles, la hilandera y el peón. Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto. Era el abstracto de nuestra idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas allí presente en su primordialidad sin recatos y sin disimulos. Era el de nadie y el sin nada en una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por una misma verdad que una sola palabra traducía: Perón. ... Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años estaba allí presente, corpóreo, tenso, multifacetado, pero único en el espíritu conjunto. Eran los hombres que están solos y esperan que reiniciaban sus tareas de reivindicación. El espíritu de la tierra estaba presente como nunca creí verlo. ... El espíritu de la tierra se erguía vibrando sobre la plaza de nuestras libertades, pleno en la confirmación de su existencia. ... El nombre del coronel Perón era el conjuro que había realizado el milagro.¹⁷

Luego concluye que

¹⁷ Raúl Scalabrini Ortiz, *Tierra sin nada. Tierra de profetas, devocionario para el hombre argentino*, 1946, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 27-28.

Aquellas muchedumbres que salvaron a Perón del cautiverio y que al día siguiente paralizaron el país en su homenaje, eran las mismas multitudes que asistieron recogidas por el dolor el entierro de Hipólito Yrigoyen... Son las mismas multitudes argentinas armadas de un poderoso instinto de orientación política e histórica que desde 1810 fueron inspiradas por los más nobles ideales cuando confían en el conductor que los guía. (*Tierra sin nada...*, pp. 29-30)

Así construye Scalabrini su tribu, su pueblo del convenio, el espíritu de la tierra, el pueblo que intuye sus propósitos, y el caudillo que articula esos propósitos y los hace realidad. Además, se trata de un pueblo escogido, que debe distinguirse de los enemigos del espíritu, los liberales extranjerizantes, y de la burguesía cipaya que vendió sus derechos de verdaderos argentinos para venerar a dioses foráneos.

Raúl Scalabrini Ortiz y la imaginación tribal

A estas alturas, debería estar claro que el paradigma tribal que hemos delineado utilizando la historia del Génesis como punto de partida, delimita una serie de “tribalemas” que son aplicables a la interpretación que hace Scalabrini de la identidad, historia y destino de la Argentina. También quisiera notar que a pesar de haber elegido la historia del Génesis porque es conocida, los “tribalemas” que se encuentran en ella son similares a los que se encuentran en los mitos fundacionales de la mayoría de las colectividades humanas, por más “primitiva” que parezca. Aún más, el mismo paradigma puede servir para describir varias manifestaciones del nacionalismo moderno, comenzando con el sentido del *Volksgeist* germánico de Johann Herder y concluyendo con... bueno, desafortunadamente no ha concluido. El tribalismo es uno de los principales factores en el desmembramiento de lo que fuera Yugoslavia y el bloque Soviético, para no mencionar los estragos cometidos por los hutus contra los tutsis en Ruanda. Y, en la Argentina, uno puede escuchar los ecos del tribalismo de Scalabrini Ortiz en los recientes delirios derechistas de ciertos comentaristas, como el frustrado golpista coronel Aldo Rico.¹⁸ Estos hechos despiertan varias preguntas interesantes. Por ejemplo, ¿cómo se puede comprender el éxito de la doctrina de Scalabrini? Pero aún más importante, ¿qué podemos deducir de Scalabrini, visto como un hacedor (creador) representativo de

¹⁸ Aldo Rico, *Conversaciones con el teniente Aldo Rico*, Buenos Aires, Editorial Fortaleza, 1989.

“tribalemas”, especialmente en comparación a la visión del nacionalismo popularizada por Eric Hobsbawm, Benedict Anderson, y amigos? Concluyo con unas meditaciones aún prematuras sobre el tema.

En primer lugar, quedan pocas dudas de que la Argentina espiritual de Scalabrini fue un ingrediente esencial del mito peronista. Bajo Perón, el balcón de la Casa Rosada se convirtió en el púlpito más poderoso de la Argentina del cual los descamisados de Perón aprendieron que eran los verdaderos argentinos, herederos de un gran destino que había sido truncado por traidores de las clases altas, liberales, vendepatrias, y agentes cipayos del imperialismo británico. Dicho de otra forma, Perón les inculcó a las masas que ellos eran el verdadero pueblo escogido, los hombres que estaban solos y esperando y cuyo momento había llegado. Nadie puede explicar por completo el éxito popular del peronismo; puede ser que en parte sea un mero accidente histórico, fruto del extraordinario carisma y genio político de Perón. Pero yo agregaría otro factor a esta ecuación: que al utilizar al tribalismo de Scalabrini Ortiz como base emocional, el peronismo dio a las masas argentinas lo que el liberalismo les había negado, a saber, un sentido de lugar en la historia y una identidad colectiva. A este sentido se agregaban mitos de origen, de pertenencia y de un destino glorioso. También, identificaba a los enemigos anti-argentinos, las clases altas extranjerizantes. Y tal vez más que nada, le dio al pueblo un profeta, un auténtico portavoz del espíritu de la tierra. En suma, Perón, utilizando como punto de referencia el pensamiento de Scalabrini, estableció un sentido de tribu. Es más, sin la imaginación tribal de Scalabrini, al peronismo le habría faltado uno de sus ingredientes básicos.

Sin embargo, el éxito de Scalabrini plantea un interrogante mayor sobre el neo-tribalismo en general y sobre su importancia en una mitología tribalista. Esto me lleva a E. J. Hobsbawm y Benedict Anderson, los dos pensadores que en los últimos años más han influenciado nuestra comprensión del nacionalismo. Hobsbawm y Anderson son estudiosos prudentes. Aunque identifican ideas esenciales de las mitologías nacionalistas (lo que yo llamo “tribalemas”), parecen estar particularmente interesados en mostrarnos que esas ideas no tienen un fundamento empírico, que esas ideas son, en efecto, “imaginadas”. Ningún estudioso serio del nacionalismo disputaría este argumento; hacerlo nos llevaría eventualmente a sostener que Dios, o alguna otra construcción metafísica, creó las naciones — lo cual por supuesto es absurdo.

El punto en el cual Hobsbawm y Anderson se equivocan, a mi juicio, es su insistencia en que las naciones (y por extensión los “tribalemas”) son

un fenómeno reciente, que antes del período moderno las naciones no existían porque los mecanismos para imaginarlas no existían. Por ejemplo, Anderson sostiene que la imprenta capitalista fue lo que permitió que surgieran naciones, que sin un sentido de colectividad en amplia escala y de tiempo paralelo, no habrían surgido las naciones modernas.¹⁹ Lo que encontramos en este argumento es una confusión generalizada de vehículo con substancia, escala con esencia. Si bien es cierto que la imprenta capitalista dio lugar a colectividades más amplias, no está del todo claro que hizo mucho para modificar los ingredientes esenciales del espíritu colectivo y de pertenencia de un pueblo. La imprenta capitalista podrá haber permitido que el tribalismo exista a una escala mayor pero no alteró su estructura básica. En pocas palabras, a pesar de la facilidad con que, en un sentido objetivo, se pueden desmitificar las invenciones tribales, las mismas se repiten en la historia de las comunidades humanas, ya sea la tribu del desierto de los primeros tiempos de Israel o una nación moderna como la Argentina. Además, yo sugeriría que el tribalismo (y ese tipo de nacionalismo que busca una identificación tribal) es exactamente lo opuesto del estado liberal y hasta cierto punto su principal adversario. Así como las nociones de Scalabrini sobre los argentinos reales frente a los traicioneros exacerbaban divisiones que eran ya aparentes en el país, el tribalismo será siempre una amenaza para las sociedades dedicadas al pluralismo y al consenso.

Éstas son las lecciones de la imaginación tribal de Scalabrini. Si nos basamos en evidencias palpables, su invención tribal para la Argentina es indefensible. Sin embargo, cuando comparamos su invención con invenciones tribales mucho más antiguas, encontramos paralelos evidentes. Además, por más endeble que sea la evidencia para sus figuraciones, su tribalismo formó la base mitológica para el movimiento nacionalista más poderoso de la historia argentina — y uno que puede volver a convertirse en una poderosa fuerza política cuando y siempre que fracasen los actuales

¹⁹ Ver especialmente los capítulos segundo y tercero del libro de Anderson, pp. 9-46. Para ser justos con Anderson, debo aclarar que efectivamente da lugar al aspecto místico y tribalista del nacionalismo que yo sostengo aquí. Es más, su título “Comunidades imaginadas” alude precisamente a este tema. Sin embargo, lo que es particular de su libro es que tiende a refutar repetidamente las construcciones imaginadas, simplemente porque son imaginadas, y busca en cambio bases más firmes para sus explicaciones materiales. Parecería que por momentos buscara distanciarse de uno de los aspectos más interesantes del libro. Por el contrario, Hobsbawm no sólo considera que las naciones son construcciones artificiales sino que también integra una larga lista de pensadores, incluso Karl Marx y Adam Smith, que sostienen que, eventualmente, las naciones serán obsoletas y desaparecerán.

experimentos neoliberales. Quisiera sugerir que parte del éxito de Scalabrini se debe a su capacidad para reproducir sentimientos humanos antiguos dentro de un marco moderno. Además quiero sostener que esos sentimientos tribales con frecuencia contribuyen a los movimientos nacionalistas, un hecho que sugeriría un tipo de imaginación colectiva a través de la cual las comunidades humanas se identifican a sí mismas por razones que quizás tengan más que ver con antropología y psicología que con economía y política. Resumiendo, podemos admirar el genio imaginativo de Scalabrini al forjar un tribalismo para un área tan inverosímil como esa mezcla cultural, histórica y étnica que se conoce como la Argentina; pero también podemos especular que si no hubiera sido él, algún otro lo habría hecho.

Cuadernos de
RECIE NVENIDO

1 ANTONIO MELIS

José Carlos Mariátegui hacia el Siglo XXI

2 MARIO M. GONZÁLEZ

Celestina: o diálogo paradoxal

3 EDWIN WILLIAMSON

La trascendencia de la parodia en el *Quijote*

4 ROXANA PATIÑO

Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)

Endereço para correspondência

DEPARTAMENTO DE LETRAS MODERNAS – FFLCH/USP

Av. Prof. Luciano Gualberto, 403
Cidade Universitária
05508-900 - São Paulo-SP - Brasil
Tel.: (5511) 210 2325/ 818 4296
Fax: (5511) 818 5041
e-mail: d1m@edu.usp.br

HUMANITAS LIVRARIA – FFLCH/USP

Rua do Lago, 717
Cidade Universitária
05508-900 - São Paulo-SP - Brasil
Tel.: (5511) 818 4593/ 818 4589
Fax: (5511) 211 6281
e-mail: pubflch@edu.usp.br
<http://www.usp.br/flch/flch.html>

<i>Título</i>	CUADERNOS DE RECIENVENIDO/5
<i>Projeto Visual e Capa</i>	Isabel Carballo
<i>Ilustração da Capa</i>	Norah Borges, <i>Ajedrez</i> , 1922
<i>Editoração Eletrônica</i>	Helena Rodrigues
<i>Revisão</i>	Gênese Andrade da Silva
<i>Arte-final</i>	Erbert Antão da Silva
<i>Secretaria Gráfica</i>	Eliana Bento da Silva AmatuZZi Barros
<i>Divulgação</i>	Humanitas Livraria - FFLCH/USP
<i>Mancha</i>	12,9 x 19,3 cm
<i>Formato</i>	16,4 x 21,4 cm
<i>Tipologia</i>	Bookman Old Style e BauerBodni BT
<i>Papel</i>	off-set 75 g/m ² e cartão vergê branco 180 g/m ²
<i>Impressão da Capa</i>	Preto e Violeta (Pantone 2607-C)
<i>Fotolito, Impressão e Acabamento</i>	Seção Gráfica - FFLCH/USP
<i>Número de páginas</i>	27
<i>Tiragem</i>	500 exemplares

Nicolas Shumway – Professor Visitante na USP no primeiro semestre de 1997 – é professor de Literatura Latino-Americana na Universidade do Texas, ocupando a Cátedra Tomás Rivera, e diretor do Instituto de Estudos Latino-Americanos dessa instituição. Tem vários textos publicados sobre Literatura Espanhola e Hispano-Americana com temas que variam de Calderón de la Barca a Jorge Luis Borges. Seu livro *The Invention of Argentina* foi reconhecido pela Associação de Estudos Latino-Americanos como um dos melhores livros do ano (1993) sobre tema latino-americano e também foi eleito pelo *The New York Times* como “notable book of the year”. A tradução para o espanhol, *La invención de la Argentina: historia de una idea*, publicada pela Emecé Editores de Buenos Aires, já está na terceira edição. O jornal argentino *Página 12* também o consagrou como um dos melhores livros do ano.